

un soplo de barbarie que *hace bien*, que temple los nervios y vigoriza la sangre. La expresión es lo más libre y lo más suelta que puede darse; el autor ha agotado los infinitos recursos del vocabulario *callealtero*, crudo, pintoresco, desgarrado, apestando á *parrocha* y á pescado podrido; pero todo esto, ¡con qué arte y con qué soberano conocimiento de las condiciones de la lengua, á la cual se puede vencer y domar por halagos, pero no forzar brutalmente como vil concubina!

Al fin del libro va un glosario de los términos náuticos y de las frases populares empleadas en el libro; pero ¡con qué habilidad están derramados por todo él, bien al contrario de esa pedantesca ostentación de ciertos novelistas franceses de escuelas modernísimas, que, haciendo gala de un externo y superficial conocimiento del tecnicismo de tal ó cual arte ó ciencia, le derraman á carretadas en todas las páginas de su libro, con la necia ostentación del aventurero llegado de improviso á los honores y á la riqueza! No: Pereda no ha tenido necesidad de hacer estudio especial de la lengua de los marineros de la calle Alta para escribir

Sotileza. Esa lengua la tiene él aprendida muchos años hace, no por dilettantismo erudito, sino porque ha vivido en perpetuo y desinteresado comercio con el pueblo.

Esa lengua tan palpitante y tan densa, que tan diversos matices adquiere, ya el de brusquedad estúpida y semi-salvaje en *Muer-go*, ya el de dulcísima elegía amorosa en labios de *Cleto*, ya el de patriarcal ternura en boca del tío Mechelín y de su mujer, ya el de reconcentrada soberbia femenina en *Silda*, especie de Diana selvática y feroz de un barrio de pesca, presenta tales variedades y se mueve con tal libertad en ondulaciones tan diversas, que nadie diría que por primera vez viene ahora el arte, y que ninguno ha precedido á Pereda en trabajarla y domeñarla.

Y para que mayor sea el contraste, suena de vez en cuando entre esas rudas voces, que traen la impresión de resaca de la playa, la voz medio marítima, medio frailuna del padre Apolinar, el tipo de fraile más asombroso que yo he visto en novelas, desde el *Fra Cristóforo*, de Manzoni, personaje de más noble alcurnia que el de Pereda; pero no más rico que él de aquella eleva-

ción moral que por lo mismo que nace como fruto espontáneo y agreste, y se desarrolla sin más riego que el de los cielos, trae estampado el sello de primitiva grandeza que acompaña á la fuerza del bien cuando se desenvuelve sin conciencia de sí propia.

El pensamiento artístico de *Sotileza*, la idea primera es tan honda, que casi parece un enigma. Pero entendamos bien: no es el enigma pueril en que se deleitan los hacedores de novelas transcendentales. *Sotileza* es un enigma sorprendido valerosamente, y sin intención ulterior, en las profundidades de la naturaleza humana. El autor le ha planteado; pero en la conclusión le elude más bien que le resuelve. Ha hecho bien, después de todo. En el arte agradan y dominan siempre aquellos personajes en quienes resta un fondo inaccesible á las miradas de la crítica. De este modo quedan como algo simbólico y misterioso, entrevisto en el crepúsculo de la poesía, que adivina tales naturalezas más bien que las penetra.

Sotileza, con ser muy mujer, tiene algo de esfinge tebana, y el autor no ha hecho más que levantar una punta del velo sagrado. Todos los instintos de su rebelde y al-

tiva naturaleza han recibido desde el principio una dirección extraña, merced á aquella vida errabunda de playa y de muelle de las Naos en que gastó sus primeros años. Su corazón es recio y duro para amar. El mismo agradecimiento apenas ha llegado á rajar aquella piedra tosquísima. Quizá duerman en su corazón escondidos deseos, tanto más fogosos cuanto más contenidos; pero nunca asoman á la lengua. Lo mismo rechaza el amor brutal de *Muergo*, que el honrado y caballeroso de *Andrés* ó el suave y delicadísimo de *Cleto*. Si alguna inclinación muestra es aquélla que Petronio atribuía con tan enérgicas palabras á las matronas de su tiempo: «*Quædam fæminæ sordibus calent.*» Á *Sotileza*, el oculto incentivo que la lleva hacia *Muergo*, por extraña aberración fisiológica, es la suciedad, la barbarie, el desaseo, la ingénita grosería de aquel semi-bruto. Con todo eso, Pereda no ha pasado la línea en materia en que tal fácil era resbalar, siguiendo las huellas de otros naturalistas; y como su franco y bien nacido ingenio no le lleva á pintar lo excepcional y monstruoso, sino á mirar con amplitud la vida, no insiste en el imperceptible punto mórbido.

do, y logra conservar á la heroína la más arrogante y señorial castidad desde el principio hasta el fin de la obra.

Los pescadores que intervienen en la obra nada tienen del marinero idealista, del *Giliat* de Víctor Hugo (pongo por caso). Su horizonte es tan estrecho como su condición, sus propósitos tan limitados como sus medios. El duelo continuo que sostienen con la mar, influye en el temple de su voluntad mucho más que en el calor de su fantasía. Su vida y su muerte tienen una simplicidad heroica, tanto más grande cuanto menos buscadora del efecto y menos sabedora de sí misma. El mar interviene como tremendo coro de tal drama, levantando y agigantando los hombres y las cosas con su presencia. Unas veces risueño, como en *el día de pesca*, acompaña el idilio amoroso de Andrés; otras veces es campo de palestra virgiliana para las barcas del cabildo de Abajo y del de Arriba; y en la prodigiosa *galerna* final parece que lleva consigo, al estrellarse contra las *Quebrantas* y salpicarlas de rabiosa espuma, todas las iras, todos los odios y todas las venganzas de los personajes. ¡Arte singular de Pereda:

saber hacer paralelos de esta suerte los fenómenos de la naturaleza y los del espíritu!

Todo esto y mucho más podrá admirar en *Sotileza* quien la mire solamente bajo la razón de arte. Pero ¿qué he de decir yo, que no solamente soy montañés, sino santanderino y *callealtero*? ¿Qué he de decir de un libro que es la epopeya de mi *calle* natal, libro que he visto nacer y que casi presentía y soñaba yo antes de que naciese?

Nunca comprenderán los extraños de qué manera suenan para nosotros en el libro una porción de nombres de lugares y de personas, y qué fuentes tan escondidas van á buscar en el alma de aquéllos para quienes el libro ha sido principalmente escrito, de aquéllos cuyo aplauso desea Pereda más que otro alguno. Ya no morirá la calle Alta, aunque acaben de caer las pocas casas viejas que le restan en pie, porque consagrada queda en el arte hasta la menor de sus piedras. Y cuando se extinga hasta el último resto de aquella raza marinera, de la cual en otra ocasión he escrito que «en la Edad Media daba caza á los balleneros ingleses en los mares del Norte y ajustaba tratados de paz y de comercio con sus reyes,» todavía

vivirán en un libro de sólida é indestructible fortaleza ciertos nombres y reminiscencias que tienen virtud de conjuro, como todo lo que toca la vara mágica del arte. Otros juzgarán el libro; que yo en esta ocasión me reconozco incompetente para todo lo que no sea saludar, desde lo más íntimo de mi alma, la bandera que flota sobre el libro, la *bandera blanca y roja de la matrícula de Santander*.

(*La Época* del 27 de marzo de 1885.)

LA PUCHERA

Por primera vez he leído un libro de Pereda al mismo tiempo que el público, y sin estar iniciado previamente en el secreto del autor. Fué voluntad suya y mía, para que nada extraño á la obra misma preocupase mi juicio, y no hablasen en favor de ella intimidades de las que forzosamente nacen entre el crítico y el libro que va á juzgar, cuando él ha asistido á la elaboración de este libro, embriagándose con el fervor de la producción ajena, y participando de ella en

algún modo. He querido por esta vez sola no saber nada de lo que Pereda escribía en Polanco este verano, y tomar su novela como obra de un extraño. He procurado olvidarme de que el autor era montañés, y entrañable y fidelísimo amigo mío desde que tengo uso de razón, y amigo de los de mi casa antes que yo naciera; y haciendo un esfuerzo, que me ha costado mucho, y que no pienso volver á repetir, he detenido mi impaciencia, que me llevaba á leer con el pensamiento antes que con los ojos las páginas de un libro, que más que libro parece fragmento de la realidad viva; y he tenido el valor de estarle aplicando por días y días eso que llaman *el escarpelo de la crítica*.

Y el libro ha salido triunfante de la prueba. Yo soy quien me quedo con el sentimiento de no haberle disfrutado con fruición espontánea y sincera, sin pensar ni en la crítica ni el público, dejándome llevar sólo por la magia del relato y por las dulces memorias que en mi espíritu evocaba. ¡Duro é impertinente oficio el del que intenta razonar su propia impresión y la impresión ajena, para ahuecar luego la voz, y decir

solemnemente al público lo que mucho mejor sienten y mucho mejor expresaran, si tal expresión cupiese en palabras, los críticos que no escriben, los espíritus delicados y rectos á quienes no aqueja la comezón de hacer confidente suyo al público, y que por lo mismo rinden al autor, á quien admiran con admiración silenciosa, tributo más de agradecer, que el de vanos artículos encomiásticos!

Pero los tiempos andan tales, y crece tanto la depravación del gusto, que empieza á ser ya deber de conciencia en todo el que clara ú obscuramente profesa algún género de magisterio literario, alzar la voz cuando una obra maestra aparece, y llamar la atención del vulgo circunstante, para que no pase de largo por delante de ella, y se guarde de confundirla con el farrago de producciones insulsas y baladíes que son actualmente el oprobio de nuestras prensas.

Por eso escribo hoy acerca de *La Puchera*, no precisamente por ser obra montañesa, sino por ser el mejor libro de amena literatura que en estos últimos tiempos ha aparecido en España.

Quién sea Pereda, y cuál el valor de sus

escritos, no necesito yo declarárselo á un público que ya comienza, aunque algo tardíamente, á hacerle justicia y á conocerle y admirarle. Su fama, modesta al principio, y reducida al círculo de sus paisanos, es hoy universalmente española, y traspasa ya nuestras fronteras, como lo prueban recientes traducciones de novelas suyas en francés y alemán. Su carácter local le favorece mucho más que le perjudica, en el momento presente. De su aparente limitación nace su fuerza positiva. El arte, como la historia, tiene algo de concreto, limitado y relativo: lo abstracto y lo general le matan. Con razón, aunque en términos demasiado absolutos, afirmaba Goethe que en la vida de las llamadas *clases altas*, que son en todo país las más semejantes y las más descoloridas, no había encontrado ni un átomo de poesía. Poesía puede haber; pero anda muy oculta bajo la dura ley social, que obliga á todos á decir la mitad, cuando mucho, de lo que piensan y de lo que sienten, y que al detener en los labios la expresión pintoresca y enérgica, engendra hábitos de convención elegante y de disimulo académico, á los cuales difícilmente se allana, ni siquiera para re-

medarlos, una naturaleza artística tan sana, robusta y viril como la de Pereda.

Por eso, á mi juicio, erró en *La Montálvez*, no por culpa suya, sino por culpa del asunto. Por eso ha acertado plenamente en las dos grandes formas del idilio rústico y del idilio marítimo, que son los verdaderos timbres de su gloria. En ambos géneros, así como no ha tenido maestros, tampoco es fácil que llegue á tener rivales, á lo menos en nuestra lengua castellana.

La Puchera (título que á los lectores melindrosos habrá parecido vulgar, pero que tiene sublime explicación en uno de los capítulos de la novela) reúne ambos géneros de excelencia: es á un tiempo novela campesina y novela costeña, respondiendo al modo de ser *anfíbio* de los habitantes de aquel rincón de nuestra provincia, donde pasa la escena; el más amado del autor, aquél con quien sus ojos están más encariñados. Los que hayan leído *El sabor de la tierruca*, *Don Gonzalo*, *De tal palo, tal astilla*, y aquellos incomparables cuadros cortos de las dos series de las *Escenas Montañesas*, entre los cuales sobresale el no bastante conocido de *La hila*, aquí encontrarán, sin que el autor se repita,

el mismo mundo de alegría franca, de plácida honradez, de salud rústica, con que ya están familiarizados. Los que han llegado á saborear otros rasgos de Pereda, todavía de más singular y exquisita literatura, de emoción trágica é intensa, de cruda expresión y ardiente colorido; los que recuerdan, quizá con lágrimas, *La Leva*, *El Fin de una raza* y las mejores escenas de *Sotileza*, aquí hallarán la misma grandeza y el mismo brío; la misma arrogancia, casi épica, con que el autor realza y ennoblece las catástrofes vulgares y los más desdeñados esfuerzos del trabajo humano, dando nobilísimos ejemplos de una poesía verdaderamente cristiana y verdaderamente moderna.

No sé qué género de influencia poderosa y benéfica han ejercido siempre sobre Pereda, aldeano de nacimiento, los tipos de gente de mar y las escenas de pesca. Pero lo cierto es que siempre que toca á ellas, se engrandece y resulta superior á sí mismo. Los personajes que entonces crea, exuberantes de vida poética, con cierta poesía salina y acre, tienen no sé qué grandiosidad y fiereza primitiva, crecida y educada con los arrullos y las tremendas caricias del mar resonante.

Tremontorio y el Tuerto, el Lebrato y el Josco, son figuras de tal potencia y resalto, que en vano se les buscaría competidores aun dentro de las obras mismas de Pereda. Sobre todos ellos corre un viento de tempestad heroicamente resistida y sobrellevada con heroísmo silencioso y viril, tanto más admirable, cuanto menos consciente. Pereda sobresale en la descripción de estas naturalezas sencillas y rudas. Y lo mejor de *La Puchera*, lo verdaderamente incomparable, está en aquellos capítulos donde el Lebrato y su hijo intervienen, con su locuacidad el uno, con su timidez el otro, los dos con el mismo natural resignado y austero, sacudido por bruscas impaciencias en el joven, acrisolado por divina serenidad en el viejo.

En tales cuadros la vida resulta amable y digna de ser vivida, por áspera y brava que parezca. Y el mar, inmenso coro de esta humilde tragedia, parece asociarse al esfuerzo de sus domadores, entonando con ritmo pausado y solemne el himno de la paz de la conciencia, que huye del agosto del Berrugo y calienta la puchera del Lebrato.

He nombrado intencionadamente los dos mejores capítulos del libro, los que por sí

solos bastarían para labrar la reputación de un artista que no tuviese tan hechas sus pruebas en este género de cuadros. El del *Agosto*, que por la pureza clásica de sus líneas recuerda el famoso lienzo de *Los segadores* de Leopoldo Robert, se aparta de él hondamente por el ardor del colorido y por la embriaguez naturalista que le convierte en acabadísimo tipo de geórgica moderna. Nunca ha sido tan intrépido el estilo de Pereda, tan grande la fuerza plástica de su lenguaje, y ese raro poder de asimilación que Dios le concedió para que se hiciera íntimo de todo hilo de luz, de toda hebra de maíz, de todo zumbido de insecto, de todo rielar del agua. Hay que remontarse á Teócrito para encontrar idilio tan bello y humano como el rústico idilio de Pedro Juan y de su amada. El final del capítulo traspasa ya los lindes de lo bello, y empieza á rayar en los de lo sublime.

Lo más débil de *La Puchera* es, á mi juicio, la historia de Inés, del seminarista y del indiano. En la transformación de los sentimientos de Inés, hay cierto alarde de psicología un poco infantil, que no va bien con los hábitos literarios ni con las faculta-

des dominantes de su autor, á quien le basta con su psicología instintiva y adivinatoria para crear cuerpos y almas, sin necesidad de perderse en sutiles y tortuosos análisis. El seminarista peca por otro concepto: es real, pero con realidad bestial y grosera, que el autor marca y acentúa con verdadero encarnizamiento y saña. Su tía vale mucho más, y á veces habla una lengua digna de la mismísima madre Celestina. El indiano, *rara avis* entre los indianos de Pereda, por lo sentimental, romántico y atildado, aparece como caído de las nubes, y sirve sólo para desenlazar la fábula.

He dicho que todo esto era débil; pero sólo en comparación con otras bellezas más altas. Si aisladamente se lo considera, todo está bien, todo en su punto. Pero en un libro como *La Puchera*, donde hay tanto oro de ley y capítulos que desde el día de su aparición deben pasar por clásicos, es lícito ser exigente y posponer lo bueno á lo mejor y lo mejor á lo óptimo. Lo óptimo es el Lebrato y su hijo, y *Pilara* y Quilino, y el médico D. Elías, y el magnífico tipo del Berrugo, avaro supersticioso, que Balzac adoptaría por suyo, y la fantástica historia del

descubrimiento del tesoro, que Walter Scott hubiera robado para su *Anticuuario*.

Y ahora ya tiene el lector abierta la novela: no incurriré en la puerilidad de contar su argumento; me basta con haber contado mi impresión.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

(*El Correo* del 10 de febrero de 1889.)

